

Bienvenidos al Sabbat. El título para el sermón de hoy es *La Elección de Trabajar*.

Hemos hecho recientemente un viaje a Florida, a un lugar llamado St. George Island. Eso está en el golfo de Florida. Y cuando estás en una playa así – por lo menos para mí y para mi familia, porque sé que hay gente que no le gusta la playa - pero para nosotros, la verdad es que disfrutamos mucho. Y hay tanta belleza, tanta naturaleza allí. Creo que está en la 3 a plaza en la lista de las playa más bonitas de los Estados Unidos. Es un lugar precioso, tranquilo, relajante. No es un lugar turístico, pero es muy tranquilo. Y hemos pasado unos días muy agradables allí. Y también hay algo único en esa isla, que es uno de los mejores lugares en los Estados Unidos para observar las estrellas. Creo que la ciudad más cercana está a unos 110 kilómetros, y como no hay muchas luces artificiales son las estrellas que iluminan el cielo por la noche. El lugar en el que nos alojamos tenía una bonita terraza donde podíamos sentarnos y mirar las estrellas. Yo nunca había visto nada parecido. Algo absolutamente magnífico. Y lo más genial de todo era que se podía ver la Vía Láctea. Es algo fantástico poder ver la galaxia de la que eres parte. Uno se queda atolondrado unos minutos. Y no es nada más que un enorme grupo de estrellas que están ahí todas juntas, con la apariencia de algo borroso, lechoso. La primera noche hemos pensado que eran nubes, pero entonces hemos utilizados una aplicación que muestran las constelaciones. ¡Y ahí estaba!

Pero lo que yo quiero decir con todo eso es que toda vez que yo miro a las estrellas yo pienso en lo que David escribió en los Salmos: **Cuando miro a los cielos, obra de Tus dedos, a la luna y a las estrellas, que Tú has ordenado, yo pienso: ¿Qué es el hombre para que Te acuerdes de él, y el hijo del hombre que Tú lo visites?** Eso está en el **Salmo 8 versículos 3 y 4** por si quieres apuntarlo. Y es bueno de vez en cuando salir afuera y mirar hacia arriba y maravillarte con la creación de Dios. Y a veces puede ser un poco abrumador cuando pensamos en todo lo que existe, en la inmensidad del universo. Y creo que David también ha experimentado esto al darse cuenta de lo pequeño e insignificante que él era en el esquema de las cosas. Y entonces él preguntó a Dios: “¿Qué es el hombre para que Te acuerdes de él?” Y nosotros sabemos la respuesta. Y esto es una increíble, grandiosa, tremenda bendición.

Dios dice que lo que Él está creando en nosotros es algo que está muy por encima de cualquier creación Suya. Tanto de Su creación física como de Su creación espiritual. ¡Hemos sido llamados a ser ELOHIM! ¿Qué cosa maravillosa? ¿Qué es una estrella, una galaxia, o el universo entero en comparación con la Familia de Dios? No hay comparación. No hay nada que se puede comparar a esto. Sin embargo, eso es lo que Dios nos está ofreciendo. ¡Algo realmente increíble! Pero esto no es algo que sucede simplemente. Dios tiene que llamarnos, tiene que abrir nuestras mentes y darnos la capacidad de ver, y entonces tenemos que TRABAJAR por lo que Dios nos está ofreciendo. No se trata de que podemos “ganárnoslo” por nuestros propios esfuerzos, o “merecérselo” por las cosas que hacemos. Pero se trata de que deseemos que Dios y Jesús Cristo vivan en nosotros. Se trata de que deseemos crecer, que deseemos conquistar y vencer a nuestro “yo”, a nuestra naturaleza pecaminosa. Se trata de que produzcamos frutos en nuestras vidas. ¡Para eso tenemos que trabajar! No hay otra manera de producir frutos en nuestras vidas si no estamos trabajando constantemente en nuestras vidas espirituales. Y eso significa que tenemos que luchar y permanecer firmes en la batalla contra nuestro “yo” día tras día. Esa batalla nunca se detiene hasta el día

de nuestra muerte. Bueno, yo debería decir hasta que seamos transformados. Porque, ¿sabes qué? Si en los 100 años tú resucitas para vivir una segunda vida física no te librarás de esto. ¡Todavía tendrás que trabajar!

Y vamos a comenzar hoy en Génesis 2. Y vamos a leer los versículos 1 a 3. Vamos a hablar de cuando Dios completó una parte de la creación física, abriendo camino para una creación espiritual. Y lo que paso es que yo, en mi mente, tengo la tendencia a concentrarme más en el aspecto “espiritual” de las cosas y a minimizar el aspecto físico de las cosas. Pero como ocurre a menudo, estas cosas van de la mano, lo físico y lo espiritual. Vemos esto muy a menudo en las profecías, donde una acción o un acontecimiento físico apunta a una acción o acontecimiento espiritual en el futuro. Y eso es aún más frecuente cuando lo miramos en el contexto de trabajar en nuestras vidas espirituales. Y lo que pasa muchas veces es que las cosas en nuestras vidas físicas pueden señalar, mostrar o revelar dónde estamos en nuestras vidas espirituales. En otras palabras, nuestra vida física puede ser la evidencia, o la prueba, de la obra que está teniendo lugar en nuestras vidas espirituales. Y viceversa. Eso funciona en ambos sentidos. Nuestras vidas espirituales también pueden ser la evidencia, o la prueba, de la obra que está teniendo lugar en nuestras vidas físicas. Y este ejemplo aquí en Génesis es uno ejemplo de una obra física que Dios estaba haciendo para completar una obra espiritual. Esa era una parte necesaria del proceso. Uno podría ser hecho sin el otro.

Génesis 2:1- Así quedó terminada la creación de los cielos y de la tierra, y de todo lo que hay en ellos. Y miramos las estrellas, todo lo que podemos en el universo, pero aquí todo es resumido en un versículo: **Así quedó terminada la creación de los cielos y de la tierra, y de todo lo que hay en ellos.** Hay tantas cosas que no sabemos, tantas cosas que no entendemos sobre Dios y Su creación. Es por eso que nunca vamos a dejar de aprender. La comprensión nunca termina. La familia de Dios es solamente el comienzo de todo esto.

Cuando llegó el séptimo día, Dios ya había terminado su obra de creación, y descansó de todo el trabajo que había hecho. Aquí vemos que Dios completó Su trabajo físico y luego descansó en el séptimo día. Pero lo que es impresionante de entender es que Dios, cuando Él se propone a hacer algo, a lograr algo, es como si todo ya estuviera terminado. Él no se pregunta “si eso o si lo otro”. Para Dios no existe un “si”. Lo que Él dice sucede. Y sucede exactamente como Él quiere. Nada mas y nada menos. Y nosotros, los seres humanos, a menudo nos referimos a las intenciones de las personas. “Sus intenciones eran buenas.”. O: “Él tenía las mejores intenciones.” Y todas esas cosas. Y solemos usar eso para justificar nuestras incapacidades. Pero Dios no tiene intenciones. Él es absoluto y para Él no se trata de “qué pasa si” pero de lo que es.

Versículo 3- Dios bendijo el séptimo día y lo declaró santo, porque ese fue el día en que descansó de toda Su trabajo de la creación.

El trabajo de Dios consiste en crear a ELOHIM, Su familia. Y sea cuando fuera que Dios decidiera esto, antes de crear cualquier cosa, cuando Él decidió crear a Su familia y los medios a través de los cuales Él lo lograría, eso quedó establecido. Dios conoce el fin desde el principio. Puede que Él elija no conocer todos los pequeños detalles, pero Él sabe con toda certeza que Su familia es un hecho, que la obra que Él está haciendo en nosotros será cumplida, porque Él es quien tiene el control de todo. Pero aquí Dios también

nos está mostrando algo sobre cómo Él trabaja, sobre como Él obra en nuestras vidas. Lo físico y lo espiritual. Dios está usando un proceso para crear a Su familia. Y ese proceso comienza con Su creación física. Y como resultado de esa creación junto con la obra espiritual que Él hace en nosotros, Su familia será un hecho. En otras palabras, la creación espiritual depende de la creación física. Para lograr eso hace falta tanto una obra física como una obra espiritual. Espero que vosotros entendáis esto. Yo sé lo que estoy tratando de decir, pero no estoy seguro de que lo estoy transmitiendo correctamente. Pero el punto es que todo eso trabaja junto y el resultado es la Familia de Dios.

Vayamos a **Juan 5** y vamos a empezar a leer en el medio de la narración aquí. Este es el relato de cuando Jesús Cristo ha sanado a un hombre junto al estanque de Bethesda. Y después de haberlo sanado Jesús le dijo que tomara su camilla y caminara. Creo que todos conocemos esta historia. Así que, vamos a empezar en el **versículo 10** – **Entonces los líderes judíos protestaron. Le dijeron al hombre que había sido sanado: ¡No puedes trabajar el día de descanso! ¡La ley no te permite cargar esa camilla! Pero él respondió: El hombre que me sanó me dijo: “Toma tu camilla y anda”. ¿Quién te dijo semejante cosa? Le exigieron. El hombre no lo sabía, porque Jesús había desaparecido entre la multitud; pero después, Jesús lo encontró en el templo y le dijo: “Ya estás sano; así que deja de pecar o podría sucederte algo mucho peor”.**

Aquí vemos que Jesús avisó al hombre: “Deja de pecar o podría sucederte algo mucho peor”. ¿Y por qué Jesús dijo eso a un hombre que él acababa de sanar? Bueno por un par de razones. La primera es porque él quería que el hombre tuviera un sano temor a pecar. Aquí dice que este hombre había sufrido de una cierta enfermedad durante 38 años. ¿Puedes imaginar algo así? ¿Puedes imaginar lo que es tener una enfermedad, que te debilita, durante 38 años de tu vida y entonces ser sanado repente? Eso es algo increíble y es una tremenda bendición y que uno no debe tomarse a la ligera. Este individuo debería haber estado rebosante de gratitud, debería estar verdaderamente dispuesto a hacer lo que fuera necesario para seguir recibiendo la bendición de la sanación en su vida. Y para seguir recibéndola él tenía que hacer algo, tenía que trabajar. Eso no iba a estar allí siempre. Él tenía que desearlo y trabajar por ello. Y nosotros también debemos tener un sano temor de pecar, de volvernos contra Dios en nuestras vidas. Y nosotros también debemos tener el deseo de trabajar en nuestras vidas, de hacer lo que sea necesario para recibir lo que Dios nos está ofreciendo.

Y la segunda razón para que Jesús Cristo le dijera eso era que Jesús estaba poniendo a este hombre ante una elección. Él podía volver a su vieja forma de vida, su vieja forma de pensar, podía seguir viviendo como siempre había hecho, o podía hacer cambios en su vida y comenzar a vivir mejor, a ser productivo y a apartarse del pecado. Y sea cual fuera su elección, eso acarrearía consecuencias en su vida. Él podría continuar recibiendo la bendición de la sanación en su vida, o le podría sobrevenir una enfermedad aún peor que antes. Como Jesús les dijo: “...o podría sucederte algo mucho peor”. Por que al final todo dependía de lo que él eligiera, de lo que tenía más valor para él: la sanación o el pecado.

Nosotros sabemos que esta sanación física que tuvo lugar apuntaba a una sanación espiritual que tendría lugar en el futuro... la sanación de la mente. Cuando Dios nos llama y abre nuestras mentes a la verdad, Él pone ante nosotros la oportunidad de ser sanados en la parte más recóndita de nuestro ser. Él pone ante nosotros la capacidad de elegir a Sus caminos en lugar de elegir nuestros propios caminos carnales. De elegir el arrepentimiento en lugar de elegir el orgullo. De elegir sacrificarnos en lugar de elegir ser

egoístas. De elegir la sanación en lugar de elegir la enfermedad. Porque nuestras mentes están enfermas. Nuestras mentes necesitan ser limpiadas de toda la suciedad, de toda la basura y porquerías que ponemos en ellas. Y sobre todo necesitan ser limpiadas de nuestro fétido y putrefacto orgullo que nos lleva a pensar que sabemos lo que es mejor para nosotros mismos o para otros. ¡Y la verdad es que no sabemos nada! Dios Todopoderoso sabe cómo moldear y formar, como trabajar con Su pueblo, con Su creación. Él nos hizo y Él sabe lo que necesitamos. Pero a veces pensamos que sabemos mejor. Y eso es un gran error que debemos tener miedo de cometer.

Y antes de que Dios nos llame no tenemos siquiera la capacidad de elegir ser sanados. Somos como el hombre junto al pozo. No podemos llegar al agua. Pero a través de nuestro sacrificio del Pesaj y por la gran misericordia que Dios nos ha mostrado podemos ser sanados. Pero no de inmediato, como este hombre, pero a través de un proceso que dura toda una vida, con oración, arrepentimiento y lucha. Y en lo que concierne a Dios nosotros ya tenemos la vida eterna; solo tenemos que tomar las decisiones correctas, permanecer en la lucha, querer esto, desear esto, y trabajar por esto.

Continuando en el **versículo 15 - Entonces el hombre fue a ver a los líderes judíos y les dijo que era Jesús quien lo había sanado.** Y por supuesto que él tenía miedo de los judíos y no querría que ellos le persiguiesen por no guardar el Sabbat de la manera que ellos pensaban que el Sabbat debía ser guardado. Y él se apresuró en echar la culpa a Jesús Cristo en lugar de asumir la responsabilidad por sus acciones. Lo que él estaba diciendo con eso era: “No ha sido mi culpa. ¡La culpa es del tipo que me ha sanado!”. Como Adán cuando dijo: “¡La culpa es de la mujer que me has dado!”. El ser humano siempre hace lo mismo. Intentamos justificar nuestras acciones, justificar a nosotros mismos y no asumimos la responsabilidad por nuestras propias decisiones. Siempre salimos con alguna razón, o con alguna excusa, siempre culpamos a otros por las cosas que hacemos en la vida. Y esto es realmente triste. Debemos tener cuidado de no permitir que el temor al mundo esté por encima de nuestro temor a Dios, de no dejar que las influencias externas afecten nuestra manera de pensar. ¿Quién tiene el control? Pero a veces dejamos que estas cosas tengan más importancia para nosotros de lo que deberían tener. Y entonces podemos tropezar en un momento de debilidad. Hemos escuchado antes en los sermones que debemos permanecer fieles hasta el final, pase lo que pase. Incluso si esto implica perder nuestras vidas. Y esa es sin duda mi esperanza. Yo deseo y anhelo tener esa mente, ese espíritu, esa fuerza y esa intrepidez. Pero yo conozco a mí mismo. Y sentarme aquí y fingir que sería fácil estaría muy mal de mi parte. Cuando yo pienso en lo que hizo Pedro, yo pienso: “Yo no soy mejor que Pedro”. ¡Ninguno de nosotros lo somos! Y mira lo que Pedro hizo en un momento de debilidad, cuando el miedo de perder su vida física fue más fuerte que su temor a Dios. Y él aprendió mucho de esa situación. Él creció mucho con todo lo que pasó. Eso sirvió para enseñarle a poner su vida en las manos de Dios. Y esa debe ser nuestra mentalidad: “Mi vida está en Tus manos, Dios. Mi vida es Tuya. Haz conmigo lo que quieras”. Eso fue lo que hemos dicho a Dios cuando hemos sido bautizados: “Soy Tuyo”. Y después tenemos que intentar, durante toda nuestra vida, someternos a eso. Pero eso no es fácil. Y tampoco es la intención que sea fácil. ¡Pero estamos en el camino correcto! Y cuando me encuentro en situaciones como esta yo pienso: “¡Como me gustaría tener el arresto que tenían Sadrac, Mesac y Abednego cuando fueron arrojados al horno ardiente!”. Eso es lo que queremos – tener esa mentalidad. Queremos poder decirle a Dios: “Mi vida está en Tus manos. Sé que librármelo. Pero si no lo haces, que así sea. Mi vida sigue estando en Tus manos”. Creo que me estoy saliendo un poco del tema aquí. Y lo que este hombre había hecho no era siquiera un pecado, sólo era algo

que no estaba de acuerdo con la interpretación de la ley según los judíos. Pero esto tiene un propósito y nos muestra una mentalidad que debemos tener.

Continuando: **Entonces los líderes judíos comenzaron a perseguir a Jesús por haber hecho esas cosas en el Sabbat. Pero Jesús respondió: “Mi Padre ha estado trabajando ahora trabaja, y yo también trabajo”.** Los judíos querían matarlo por trabajar en el Sabbat, pero Jesús les respondió diciendo: **“Mi Padre ha estado trabajando ahora trabaja, y yo también trabajo”.** Y ellos no podían comprender de lo que él les estaba hablando. Ellos sólo podían ver eso como algo físico y sus ganas de matarlo solo han aumentado. No sólo porque él trabajaba en el Sabbat pero también por pretender ser el hijo de Dios. Pero Jesús Cristo les estaba hablando de algo espiritual y le dijo: “El hijo no puede hacer nada por sí mismo”. Él les estaba dejando muy claro que él estaba haciendo las obras de Dios. Es como lo que hemos estado escuchando recientemente en los sermones, cuando el Sr. Armstrong decía: “¡Apoyen esto!” Bueno, Jesús Cristo estaba apoyando la obra que Dios estaba haciendo y el propósito de Dios en su vida. Su vida ha sido una vida de total entrega y sacrificio a Dios, a Su plan y a Su pueblo. Y él se dedicó y se sometió a esa obra.

Algo que he aprendido a través de esta serie de sermones sobre el Sr. Armstrong es que mi enfoque estaba equivocado. Yo siempre he pensado: “Si cada uno de nosotros se preocupa por si mismos, de lo que necesitamos cuidar, y estamos dispuestos a cambiar, a crecer, a conquistar y vencer espiritualmente, entonces todo lo demás encajará en su sitio”. Bueno, eso es cierto hasta cierto punto. Todos debemos hacer eso. Eso es a lo que todos llegaremos con el tiempo, sin importar cuantos años vivimos. Y no fue hasta esta serie de sermones que yo he empezado a cambiar mi enfoque de mí mismo y a poner mi enfoque en la Iglesia y en la obra que tenemos por delante en este tiempo del fin. No que yo no haya apoyado siempre lo que la Iglesia hace y no haya tratado de someterme al proceso y sacrificar mi tiempo, mis pensamientos, mis esfuerzos por los demás. Pero si puedes verlo, tu enfoque sigue siendo tú mismo. El enfoque soy yo y lo que yo puedo hacer, y cómo yo puedo crecer espiritualmente. Y por supuesto que necesitamos crecer. Pero es el enfoque equivocado. Nuestro enfoque, nuestro deseo debe ser la obra que Dios está haciendo ahora en nuestras vidas y en Su iglesia, en este tiempo final. A través de los libros que han sido escritos, a través de Sus dos testigos y del trabajo que Dios les ha encargado para prepararnos para el Reino de Dios. El mundo se está preparando para pasar por una gran y muy necesaria transición. Y nosotros tenemos la bendición de vivir en los tiempos que vivimos. Y tenemos que apoyar la obra que Dios está haciendo. Y esto que requiere trabajo de nuestra parte. Tenemos que invertir en esto, tenemos que tomar posesión de nuestro llamado, tenemos que darnos cuenta de que Dios nos ha llamado a Su Iglesia, a una familia y nos ha dado una gran oportunidad. Y si estás agradecido por lo que Dios te ha ofrecido, entonces vas a responder a Dios con gran gratitud y vas a trabajar para seguir recibiendo esas bendiciones.

Vayamos al **versículo 36 - Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan, Juan el Bautista, las obras que el Padre me dio para que cumpliera, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, de que el Padre me ha enviado.**

Y aquí vemos la relación simbiótica entre las obras y el testimonio, o la evidencia, la prueba de que Dios trabaja en nuestras vidas. Las obras de Cristo dan testimonio de que él pertenece a Dios, de la misma manera que nuestras obras deben dar testimonio de que pertenecemos a Dios. ¿Y cómo ocurre esto?

¿Cómo esto se manifiesta en nuestras vidas? Eso puede ocurrir de varias maneras, pero en nuestras vidas espirituales se trata de los frutos que estamos produciendo. Los cambios que hacemos en nuestras vidas son el resultado del trabajo que estamos haciendo a nivel espiritual. Y esos cambios, o frutos, son el testimonio, la evidencia, la prueba de que Dios está trabajando en nuestras vidas. Pero la elección es nuestra. Y como diría Wayne Mathews, tenemos que “elegir desear” d trabajar en nuestras vidas. Y tenemos que buscar a Dios para que Él pueda darnos la capacidad de trabajar, porque no podemos hacer eso por nuestra cuenta.

El siguiente pasaje de las Escrituras que vamos a leer está en **Mateo 25:14-30**. La parábola de los talentos. Creo que todos la conocemos. **Mateo 25**, comenzando en el **versículo 14**. **Porque el reino de los cielos será semejante a un hombre que, al emprender un viaje largo, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. A uno dio cinco talentos, a otro dos, y a otro uno. A cada uno dio conforme a su capacidad y se fue lejos. Inmediatamente, el que había recibido cinco talentos se fue, negoció con ellos y ganó otros cinco talentos. De la misma manera, el que había recibido dos talentos ganó también otros dos. Pero el que había recibido un talento fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Después de mucho tiempo, vino el señor de aquellos siervos y arregló cuentas con ellos. Cuando se presentó el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos y dijo: “Señor, me entregaste cinco talentos; he aquí he ganado otros cinco”. Su señor le dijo: “Bien hecho, siervo bueno y fiel. Sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu señor”. Y cuando se presentó el que había recibido dos talentos, dijo: “Señor, me entregaste dos talentos; he aquí he ganado otros dos”. Su señor le dijo: “Bien hecho, siervo bueno y fiel. Sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu señor”. Pero cuando se presentó el que había recibido un talento, dijo: “Señor, yo sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste. Y como tuve miedo, fui y escondí tu talento en la tierra. Aquí tienes lo que es tuyo”. Su señor respondió y le dijo: “¿Siervo malo y perezoso! ¿Sabías que cosecho donde no sembré y recojo donde no esparcí? Por lo tanto, debías haber entregado mi dinero a los banqueros y, al venir yo, habría recibido lo que es mío con los intereses. Por tanto, quítenle el talento y denlo al que tiene diez talentos. Porque a todo el que tiene le será dado, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Al siervo inútil échelo en las tinieblas de afuera”. Allí habrá llanto y crujir de dientes.**

Hay tanto que podemos aprender de lo que es dicho aquí. Esta parábola está llena de lecciones. Pero empecemos por el principio. Vemos que a cada uno de los siervos les fue dado una cantidad diferente de talentos para empezar, cada uno según su capacidad. Vemos que los que más recibieron, se esperaba más de ellos. Sabemos que este es un principio espiritual que podemos aplicar a nuestras propias vidas, pero podemos aplicar esto también en un físico en nuestro trabajo. En términos generales, se pide o se espera más de los empleados que reciben más. Se espera que ellos produzcan más. O sea: ellos tienen más trabajo porque tienen la capacidad de hacer más. Y en nuestras vidas se trata de aprovechar las oportunidades que Dios nos da. Se trata de servir a Dios sea de la manera que sea que Él nos pida, y no hacer ni más ni menos. Hacer más sería asumir una prerrogativa que no nos atañe. Y eso implicaría tener orgullo y ensoberbecerse. Hacer menos sería ser perezoso en nuestro servicio a Dios, revelaría una falta de diligencia y nos haría inútiles para Dios porque Dios no puede usar los que son tibios, los que no están dispuestos a trabajar.

El siguiente punto que vamos a mirar es que lo que fue dicho a los siervos que han sido productivos: “Bien hecho, siervo bueno y fiel. Sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu señor”. Y aunque el primer siervo recibió cinco talentos y el segundo sólo dos, ambos recibieron la misma recompensa. Porque lo importante es sacar el máximo provecho de lo que Dios te ha dado. En este caso cinco no es más que dos, pero son iguales. De la misma manera que el espíritu y la actitud de estos dos siervos son iguales. Ambos tenían la mentalidad correcta y el deseo de servir a Dios, de tomar lo que habían recibido y trabajar para aumentarlo, para producir frutos, porque valoraban lo que habían recibido. Esto es algo que yo pienso que a veces perdemos de vista en la iglesia. Podemos crear estas pequeñas jerarquías en nuestras cabezas de quienes creemos que debemos citar, pensando que unos son mejores que otros. Pero eso puede basarse en nuestras propias ideas, en lo que pensamos que es espiritual. Pero, como con este ejemplo aquí, debemos entender que todo se resume en nuestra actitud y nuestro deseo de servir a Dios de la mejor manera que podemos.

Es como si nosotros, la iglesia, estuviéramos todos en un enorme barco. Todos estamos yendo en la misma dirección, avanzando hacia el mismo objetivo, y todos estamos juntos en esto. Y en ese barco todos tienen un trabajo diferente que hacer. Algunos tienen que llevar el barco, otros tienen que remar, otros fregar la cubierta, etc. Pero todos estamos en movimiento, estamos trabajando juntos, al unísono. Y el simple hecho de que todos tenemos diferentes funciones o tareas no significa que uno está por encima del otro. Todo lo contrario, nadie es mejor que nadie y todos tenemos la misma tarea por delante: tenemos que crecer, tenemos que luchar y conquistar ciertas cosas en nuestras vidas. Creo que esta analogía se aplica especialmente en el contexto de la obra que la iglesia está haciendo y de hacia donde nos dirigimos en este tiempo del fin. Todos tenemos un papel que desempeñar y un trabajo que hacer en nuestras vidas, individualmente. Pero también está la obra que estamos haciendo todos juntos, como Iglesia. El barco debe ser bien mantenido, el rumbo debe ser claro. Y por eso debemos estar dispuestos a contribuir en este esfuerzo conjunto haciendo nuestra parte y haciendo el trabajo que Dios nos ha dado. Y hacer nuestra parte significa que reconocemos nuestros defectos y debilidades y tratamos de cambiarlos. Pero si miras a cualquier persona en la iglesia o en el ministerio como a un estándar de la perfección, vas a descubrir que todos tenemos defectos. Y de eso se trata, ¿no? De luchar para alcanzar la perfección, reconociendo que no podemos llegar allí, pero que seguimos luchando por ello de todos modos. Y por supuesto que sabemos que Dios trabaja con herramientas imperfectas. Somos seres humanos, al fin y al cabo, estamos sujetos a la carne y a nuestra mente carnal.

Vayamos a **Santiago 2**. Y vamos a leer los **versículos 14 a 26**. Y vamos a leer ese pasaje para que podamos ver la importancia de trabajar en nuestras vidas espirituales, individualmente. **Santiago 2** y comenzando en el **versículo 14 - Hermanos míos, ¿de qué sirve si alguno dice que tiene fe y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarlo?** Bueno, la respuesta es no. No podemos ser salvados por la fe solamente. Hay muchas personas que han dicho que tenían, que creían en las enseñanzas de la Iglesia, pero que ya no están aquí, que ya no están en comunión con nosotros, porque no tienen obras. Las obras se refiere a la obra espiritual que Dios está haciendo en nuestras vidas, y que a menudo se manifiesta en cómo estamos viviendo nuestras vidas físicas. Y debemos estar de acuerdo con esa obra, comprometernos con esa obra y participar de esa obra, si queremos seguir en ese camino de vida. Temeos que trabajar sobre para producir frutos en nuestras vidas. Si no trabajamos no producimos frutos. Si no producimos frutos no crecemos. Si no crecemos quedamos estancados, nos volvemos tibios. Y esto nos lleva a separarnos de Dios y de Su espíritu santo. Así que, la verdadera fe requiere trabajo, porque de lo contrario es una fe falsa y es una mentira.

Continuando: **Y si un hermano o una hermana están desnudos y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: “Id en paz, calentaos y saciaos”, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué sirve esto? Así también la fe, si no tiene obras, está completamente muerta.** Eso significa que no debemos solamente hablar pero también pasar a la acción. No basta con desear que una persona esté abrigada, pero hay que darle algo para calentarse, darle un abrigo para abrigarse. La obra aquí es darle a esa persona un abrigo y el fruto es el calor que ese abrigo produce.

Pero alguno dirá: “Tú tienes fe y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras y yo te mostraré mi fe por mis obras.” Y todo eso es sobre el trabajo. Eres lo que haces, no lo que dices. Tus acciones revelan tu verdadera mentalidad y pensamientos. Tus convicciones y fe se revelan por la forma en que vives.

Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. ¡Con solo creer no es suficiente! Aquí dice que los demonios creen y tiemblan, pero ¿de qué les sirve esto? ¡De anda! Si dices que crees, pero no trabajas, eso te pone en el mismo barco que los demonios. ¡Te pone en contra de Dios!

¿Pero quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras está muerta? ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras y que la fe se perfeccionó por las obras? Que frase hermosa. Voy a leerla nuevamente. **¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras y que la fe se perfeccionó por las obras?** Su fe se perfeccionó por sus obras. Esto implica que la fe en sí no es completa, que para ser completa debe ir acompañada de obras. Y es impresionante ver cómo todo esto se encaja tan perfectamente, como todo eso va de la mano.

Y se cumplió la Escritura que dice: “Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia”. Porque él actuó de acuerdo a lo que él creía. Él fue puesto a prueba a nivel físico para revelar dónde él estaba a nivel espiritual. Dios lo llevó al punto de sacrificar a Isaac para revelar sus verdaderos motivos, intenciones y creencias. Su motivación era servir a Dios, era poner a Dios lo primero en su vida. Y eso fue precisamente lo que hizo.

Y fue llamado amigo de Dios. Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras y no solamente por la fe. Asimismo, Rahab, la ramera, ¿no fue acaso justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino? Así como el cuerpo sin espíritu está muerto, también la fe sin obras está muerta. Y aquí vemos nuevamente que no basta con creer algo, pero hay que actuar de acuerdo a lo que uno cree. Rahab actuó de acuerdo con lo que ella creía y fue bendecida por eso. Sus acciones revelaron su intención. Sus obras revelaron su fe.

Vayamos ahora a **Lucas 9** y vamos a ver cuales son nuestras responsabilidades cuando se trata de trabajar en nuestras vidas. **Lucas 9** y comenzando en el **versículo 57- Mientras caminaban, alguien le dijo a Jesús: Señor, te seguiré a cualquier lugar que vayas.** Ese debe ser nuestro propósito. Esa debe ser nuestra mentalidad y nuestro enfoque en todo momento en nuestras vidas: “Señor, te seguiré donde quiera que vayas”. ¿Es eso lo que decimos todos los días a Dios y a Jesús Cristo? ¿O a veces pensamos que el camino es demasiado difícil? Bueno, la elección es nuestra. O seguimos a Dios y el camino de la humildad o seguimos a Satanás y el camino del yo.

Continuando: **Jesús le respondió: “Los zorros tienen cuevas donde vivir y los pájaros tienen nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene ni siquiera un lugar donde recostar la cabeza”. Dijo a otro: “Ven, sígueme”. El hombre aceptó, pero le dijo: “Señor, deja que primero regrese a casa y entierre a mi padre”.** Ese individuo no era tan diligente como el primero. Había algo que lo retenía y que le hacía dudar un poco. Pero no podemos dudar cuando se trata de servir a Dios. Siempre, siempre, siempre habrá alguna razón o excusa para no hacerlo, algo que nos impide de hacerlo. Pero ¿cuántas razones necesitamos para amar y servir a nuestro amoroso y misericordioso Padre celestial? El que nos hizo y nos creó y nos dio la vida, que abrió nuestras mentes a la verdad. ¿Cuántas razones necesitamos para servirle?

Jesús le dijo: “¡Deja que los muertos espirituales entierren a sus propios muertos! Tu deber es ir y predicar acerca del reino de Dios”. Otro dijo: “Sí, Señor, te seguiré, pero primero deja que me despida de mi familia”. Otro que duda. **Jesús le dijo: “El que pone la mano en el arado y luego mira atrás no es apto para el reino de Dios.”** ¡Qué fuerte! ¡Jesús Cristo está diciendo que una vez que comenzamos este proceso, este trabajo, no hay vuelta atrás! Eso nunca termina y tampoco se detiene. Ni por un segundo. Es más bien un viaje que dura toda la vida, es una lucha continua para vencer y conquistar y finalmente llegar al momento que todos estamos esperando cuando seremos transformados. Poner la mano en el arado significa trabajar. Y esto empieza en el bautismo y no termina hasta que estemos en la Familia de Dios. Y no podemos mirar atrás. ¡Si miramos atrás no somos aptos para el reino de Dios! Como la mujer de Lot. Ella miró atrás y se convirtió en una estatua de sal. En lugar de estar centrada en Dios y hacer las cosas exactamente como Él dijo, ella miró hacia atrás, porque anhelaba lo que estaba dejando atrás. Y eso no puede pasar en la iglesia de Dios. Tenemos que estar continuamente centrados en Dios y seguir adelante. Y podemos seguir adelante si estamos mirando atrás. Para vivir en este camino de vida tenemos que tener un enfoque correcto. Porque sin que el enfoque vamos a desviarnos del camino. Esto me hace recordar una vez que he salido a caminar con un grupo de personas. Y me quedé distraído un poco atrás mirando a otras cosas sin poner mucha atención a lo que está pasando. Y entonces cuando he mirado me he dado cuenta de que me había perdido del grupo y no tenía ni idea de en qué dirección ellos habían ido. Bueno, lo mismo puede suceder a nosotros espiritualmente, si no nos centramos en el trabajo que tenemos delante de nosotros. Y es sólo por la gran misericordia de Dios, que a lo mejor podemos encontrar nuestro grupo nuevamente. Y tenemos que elegir a lo largo del camino. Si perdemos el foco, es nuestra elección. Si nos mantenemos concentrados, es nuestra elección. Si nuestra motivación e intención son correctas Dios nos dará todo lo que necesitamos para mantenernos centrados, para permanecer en la lucha, y para seguir trabajando en nuestras vidas.

Mateo 20. Y vamos a empezar en **versículo 1- El reino del cielo es como un propietario que salió temprano por la mañana con el fin de contratar trabajadores para su viñedo. Acordó pagar el salario normal de un día de trabajo y los envió a trabajar en su viña.** Y esto es como el pacto que hacemos en el bautismo. Nos comprometemos a ser parte de una obra, nos comprometemos a trabajar en nuestras vidas. Y si somos trabajadores productivos recibiremos una justa recompensa.

Saliendo cerca de la hora tercera del día, vio a otros que estaban en la plaza desocupados y les dijo: “Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo.” Y ellos fueron. Salió otra vez cerca de las horas sexta y novena, e hizo lo mismo. Y saliendo cerca de la hora undécima, halló a otros que estaban desocupados y les dijo: “¿Por qué estáis aquí todo el día desocupados?” Le dijeron:

“Porque nadie nos ha contratado.” Él les dijo: “Id también vosotros a la viña, y recibiréis lo que sea justo.” Y aquí vemos que salió a buscar los trabajadores a diferentes horas del día. Algunos incluso al final del día. Y él ha acordado lo mismo con todos ellos: Trabajar en su viña a cambio de un jornal.

Cuando llegó la noche, el señor de la viña dijo a su mayordomo: “Llama a los obreros y págales el jornal, comenzando desde los últimos hasta los primeros.” Llegaron los que habían ido cerca de la hora undécima y recibieron cada uno un denario. Al llegar también los primeros, pensaron que habían de recibir más... ¿Y por qué ellos esperaban recibir más? Debido al orgullo. Ellos sentían que merecían recibir más de lo que habían acordado. Ellos sentían que merecían algo más que los demás trabajadores, como vamos a ver a continuación.

Pero primero me gustaría contarle algo que me pasó cuando yo trabajaba en una determinada fábrica. Esta fábrica era un proveedor de la marca Toyota. Fabricábamos varias piezas y las enviábamos a todos los lugares del mundo donde esos coches eran montados. Y como mayoría sabe, Toyota es una empresa con sede en Japón, pero la mayor línea de producción está en EE.UU. Y eso pasó a principios del año 2011, cuando Japón sufrió un tsunami. Y el año anterior, como algunos recordarán, Toyota tuvo que sacar a unos 9 millones de automóviles de circulación debido a un problema con el acelerador que había causado muchos accidentes con víctimas mortales. No hace falta decir que era una época de vacas flacas para Toyota y sus empleados. Y como resultado de esto nos fue dicho que nuestros sueldo y bonificaciones de final de año estaban congelados. Y era de esperar que nadie se alegró con la noticia y varios de mis compañeros de trabajo se quejaban en cada oportunidad que tenían. Un día estábamos en la pausa y uno de mis compañeros de trabajo, del que me había hecho amigo, seguía hablando sobre lo injusto que era, sobre cómo la gente dependía de estos aumentos y bonos, etc. Y yo francamente ya estaba cansado de escucharlo quejarse y entonces me acordé de esta parábola y le pregunté: “¿Cuánto te pagan por hora?” Y él respondió: “13 dólares y pico.” No me recuerdo muy bien cuanto era. Pero entonces yo le dije: “Cuando esta empresa te ha contratado para hacer ese trabajo, ¿cuánto has acordado que ellos te iban a pagar?” Y él respondió: “11 dólares”. A lo que dijo: “Voy a ser muy directo contigo. Esta empresa te está pagando 13 dólares y pico por hora para hacer el mismo trabajo que has sido contratado para hacer por 11 dólares la hora. ¿Y ahora crees que te mereces más? Deberías estar agradecido porque todavía tienes un trabajo, ya que podrían despedirnos a todos” Y yo creo que él entonces me dijo algo como: “Te odio”. Y yo sé que él estaba bromeando cuando dijo esto, pero la verdad es que estaba enojado conmigo porque se había dado cuenta de lo egoísta y desagradecido que estaba siendo. Por que al fin y al cabo todo se reduce a esto: la avaricia y el orgullo en lugar de agradecimiento y humildad.

Continuando: **Al llegar también los primeros, pensaron que habían de recibir más. Pero también ellos recibieron cada uno un denario. Y al recibirlo, murmuraban contra el señor de la viña, diciendo: “Estos últimos han trabajado una sola hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor del día.”** Y ellos están quejándose del propietario, como mi amigo se ha quedado de la empresa, porque ellos esperaban recibir más de lo que habían acordado. El hecho de que los últimos habían recibido su jornal primero despertó en ellos la impresión de que tenían el derecho de recibir más, ya que habían trabajado mucho más tiempo. Pero cuando ellos recibieron lo mismo que los demás ellos se pusieron molestos por eso. Su orgullo anubló su visión y ellos cayeron en la trampa de poner sus expectativas en el propietario de la viña. Al ver que los demás estaban recibiendo el mismo jornal que había sido acordado con ellos empezaron a pensar que iban a recibir más de lo acordado con el

señor de la viña. Más que un denario. Pero nadie les había hablado de posibilidad de recibir más. Todo fue fruto de algo que ellos mismos habían pensado y entonces ellos empezaron a juzgar al propietario de la viña por no hacer lo que pensaban que él debía hacer. ¿Te suena esto familiar? ¿Alguna vez has esperado algo de Dios y has juzgado lo que Dios está haciendo? Por supuesto que has hecho esto. En algún momento de tu vida has juzgado algo con base en tus propias expectativas, que no estaban de acuerdo con Dios Todopoderoso. Eso es algo terrible. Es una posición en la que no queremos estar.

Este último versículo también ayuda a aclarar otro punto: los celos y la envidia que pueden surgir cuando vemos lo que fue dado a otros. Nuestra naturaleza es tan enferma y tan retorcida y nos encanta hablar mal de otros. A nuestra naturaleza no le gusta atribuir méritos a los demás. Solemos despreciar los logros de los demás porque sentimos que nos merecemos lo que sea que pensamos que ellos están recibiendo. Y nos ponemos a hablar mal de los demás, dispuestos a desacreditarlos en todas las facetas de la vida. De la misma manera que estos trabajadores. “Bueno, ellos sólo han trabajado una hora, ¿por qué reciben lo mismo? Yo he trabajado mucho más tiempo, ¿no debería recibir más que ellos? ¿No ves lo mucho que he hecho? ¿No ves lo bueno que soy?” Eso es algo triste, es algo enfermizo. Y cuando vemos esas cosas en nuestras vidas debemos luchar contra ellas, debemos deshacernos de eso rápidamente, porque si dejamos que eso quede en nosotros eso nos va a consumir. No cabe a nosotros juzgar a los demás. No cabe a nosotros cuestionar a Dios o lo que Dios está haciendo con Su pueblo y a través de Su pueblo. La iglesia de Dios seguirá adelante con o sin nosotros. La Iglesia no tiene por qué estar de acuerdo con nosotros. Nosotros somos los que tenemos que estar de acuerdo con ella. Y si Dios quiere dar algo a alguien, ¿qué te importa? ¿Quién eres tú para cuestionar a Dios? Eso no debería afectarte. Pero a veces, si no tenemos cuidado podemos dejar que eso nos afecte. Y eso no puede ser. Debemos temer hacer este tipo de cosas; sobre todo si realmente comprendemos del hecho de que es Dios quien lo hace.

Continuando: **Él, respondiendo, dijo a uno de ellos: “Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo y vete; pero quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿No me está permitido hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno?” Así, los primeros serán últimos y los últimos, primeros, porque muchos son llamados, pero pocos escogidos.**

Muchos son llamados, pero pocos escogidos. ¿Cuán agradecidos estamos a Dios por lo que Él nos ha ofrecido? Estos primeros trabajadores han perdido esa visión. Ellos quitaron sus ojos de la recompensa y decidieron que querían más, que merecían más. Y nosotros podemos perder esa visión también. Si no estamos constantemente alerta y en guardia a las trampas que están por ahí, nosotros también perdemos el enfoque, dejamos de estar agradecidos a Dios como siempre debemos estar si queremos seguir adelante en este camino de vida. Dios trabaja con los humildes. Y ser humilde significa ser agradecido. ¿Cuán agradecido estás? Dios te ha llamado. Eres 1 en 14 millones de personas. ¿Cuánto significa eso para ti? ¿Estás dispuesto a luchar por ello? ¿Estás dispuesto a trabajar por ello? ¿Estás dispuesto a poner su mano en el arado y nunca mirar atrás? ¿Sin preocuparte de lo mucho o lo poco que la persona a tu lado está arando? ¿O de lo rápido o lo lento que está trabajando? O: “Mira lo torcidas que están sus líneas y qué bonitas y rectas están las mías. ¡Yo lo estoy haciendo mucho mejor!” Simplemente trabaja, haz tu trabajo, haz tu parte en esa obra de arar el campo, que estamos haciendo todos juntos. Y la elección es nuestra. La elección siempre, siempre, siempre es nuestra.

Y el último pasaje que vamos a leer está en **Josué 1:9 - Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque el SEÑOR, tu Dios, estará contigo dondequiera que vayas.** Es Dios quien nos da todas las cosas. Él nos da la fuerza. Él nos da el valor. Él está con nosotros dondequiera que vayamos, *SI, SI* elegimos trabajar, luchar, y vencer nuestra naturaleza egoísta. Si elegimos poner a Dios en primer lugar en nuestras vidas, por encima de cualquier otra cosa. Si queremos, si deseamos verdaderamente Su camino de vida, Su mente, Su espíritu en nosotros. Si realmente queremos y deseamos lo que Él nos ofrece: una forma de salir del abismo, del agujero negro del sufrimiento humano que consume este mundo, y ser parte de Su Iglesia, para entonces finalmente ser parte de Su familia. A través de este impresionante, increíble, maravilloso proceso de transformación. Aunque tengamos que pasar por terribles pruebas y dificultades. Sabemos con toda seguridad que la Familia de Dios estará formada por las personas que han permanecido firmes en la lucha. Esa es la oportunidad que Dios ha puesto delante de nosotros. ¿Y qué te impide alcanzar ese objetivo? ¿Qué te está deteniendo? ¡Nada más y nada menos que tus propias decisiones! Así que, podemos ser reconfortados por el hecho de que Dios está con nosotros en esta lucha y podemos seguir adelante con la audacia y la confianza que viene por saber que somos la obra de Dios.